

Aquella ventana
que la enredadera
en flor engalana,
la ventana era
tras la que solía
sentarse á bordar...
¿Por la celosía
florida, á espiar
su frágil silueta,
jamás te asomaste,
viajero poeta
que su amor cantaste?...

PASIONARIA

Á las últimas luces del día,
Jesucristo, en la cruz enclavado,
de sudor y de sangre bañado,
se estremece en convulsa agonía...

Una lanza le hirió en el costado;
y la sangre que corre á raudales
de la herida, al caer, forma una
humeante y rojiza laguna
que refleja en sus turbios cristales

toda el ansia, la angustia y la pena
de la humana y divina agonía...
En los brazos de la Magdalena
desfallece la Virgen María!...

La corona de espinas clavada
en las sienes del agonizante,
baña en sangre el divino semblante,
enturbiando su triste mirada...

¡Á bandadas llegad, golondrinas,
á arrancar á Jesús las espinas!

Por los altos calveros pelados
ya las sombras sus mantos despliegan...

Á los pies de la Cruz, los soldados
los sagrados vestidos se juegan
cual guerrero botín, á los dados!...

— ¡Tengo sed! — suspiró el moribundo...
Y su acento tan trágico era,
cual si toda la sed de este mundo
por sus labios frescura pidiera!...

Y su voz que suplica y promete
carcajadas y risas provoca;
y un sayón, con su lanza, le mete
una esponja con hiel, en la boca!...

— ¡Perdonadlos, Señor! — Cristo exclama,
agitado en convulsos martirios...
¡y su vida en su voz se derrama
en blancuras y aromas de lirios!...

En sus ojos se apaga la pena
con las últimas luces del día...
En los brazos de la Magdalena
se desmaya la Virgen María!...

ALBURAS

I

Todo es en ti blanco, misteriosa dama
de empolvados bucles y sonrisa leve...
Sobre los marmóreos pórticos derrama
tu hermosura un claro perfume de nieve.

Todo es en ti albura. Tan sólo se atreve
á romper del blanco la cándida gama;
esa rosa roja que en tu mano breve,
abre en explosiones de carmín, su llama!

Por tus ojos donde el azul se estanca
parece que deja un blancor lejano
el Angel que aroma de incienso los valles...

La rosa que arde en tu mano blanca
¿es verdad que un día te la dió mi mano
bajo los frondosos olmos de Versalles?

II

¿No escuchaste nunca, pálido viajero,
cuando en el silencio toda luz naufraga,
y las negras sombras borran el sendero,
el clamor doliente de una voz aciaga?

Un agudo y largo grito lastimero
que los campos cruza y en el aire vaga,
igual que un herido pájaro agorero
que de un aletazo nuestra luz apaga?...

La voz que en la noche se alejó llorando
como un niño huérfano, su melancolía,
que entró en nuestra celda y salió dejando

nuestra solitaria lámpara apagada...
¿Sabes de quién era, pobre carne mía,
que estás en la sombra tan desamparada?

III

En los almenados muros del castillo,
de una horca, juguete de los vendavales,
se estremece el cuerpo de aquel pajecillo
que encantó la Corte con sus madrigales.

Ya nunca rruiseño cruzará el rastrillo
mientras le contemplan tras de los vitrales,
por entre los velos para hurtar su brillo,
aquellas divinas pupilas reales.

Su cuerpo se pudre en los fosos. Cuervos
le pican los ojos... Se ríen los siervos
cuando al ronco impulso de los aquilones

sus bailes macabros el ahorcado danza...
¡Amor temerario de mis ambiciones
¿quién de tus almenas ahorcó mi esperanza?

IV

A través del tiempo que raudo ha pasado
y de tantas penas, tu frágil belleza
en la lejanía tiene esa tristeza
infinita y dulce de un Abril nublado.

Entre mis recuerdos tu paso ha dejado
un vago y divino olor á pureza...
Prisionera eterna ¿en qué fortaleza
de nuevo el Destino tu gracia ha encerrado?

¿Qué dragón custodia tu jardín? ¿Qué fuente
en tu voz de oro y cristal suspira?
¿Qué mármol su albura proyecta en tu frente?...

Flor ¿en qué magnolia de su seno abriste
tu fragante encanto?... ¿Qué estrella me mira
con las suavidades de tus ojos tristes?

PARA TI

I

Temblorosa de emoción,
tu blanca mano de monja
como se exprime una esponja,
exprimió mi corazón,

que bajo el peso tirano
de tus bondades, hoy es
inútil despojo humano
sangrando bajo tus pies!...

¡Ahora sabes, juventud
marchita, que no hay crueldad
comparable á la bondad
de una marmórea virtud!...

II

Sordo á las voces ajenas,
sólo escucha el corazón
la íntima conversación
de sus dichas y sus penas.

Una dicha dice: — Un día
en la paz de la floresta
donde con su amor soñé,
tu amada pudo ser mía... —

Y una pena le contesta:

— Pudo ser... pero no fué!

— Mi labio en su boca preso
¡con qué fuego la besó!...

— La ponzoña de aquel beso
tu existencia emponzoñó!...

— ¡Y aquel encuentro!... ¡Y aquel
separarse de sus brazos!...

— En sus manos á pedazos
fuiste dejando la piel!

— Sus blancas manos ciñeron
de rosas mi juventud...

— Las mismas rosas cubrieron
poco después tu ataúd!...

¡Penas y dichas, ¡callad!...

Pobre corazón herido,

¡púdrete de soledad
en los brazos del olvido!

LA BALADA DEL LUJO

8394

Noble dama de altiva hermosura
que entre el lujo de espléndidas salas,
magnificas tu humana escultura,
deslumbrante de joyas y galas,

coronada de perlas la frente
como un mármol perfecta y radiosa,
con tu porte de reina indolente
y tus líneas augustas de Diosa!...

¡Si el valor de tus galas supieras
y aún guardasen piedad tus entrañas,
á raudales el llanto sintieras
resbalar por tus negras pestañas!...

Para darte el fulgente tesoro
de esas perlas de oriente irisado
que á tu frente se engarzan en oro,
¡cuántas vidas el mar se ha tragado!...

No son perlas que fulgen radiosas...
Son las últimas gotas de llanto
que en las muertas pupilas vidriosas
se quedaron cuajadas de espanto!...

Y esos limpios y vivos rubíes
que en tus manos fulguran tan rojos:
tal se encienden y sangran los ojos
de encelados y ardientes neblíes,

¡arrancados no son del venero
de la sangre humeante y calina
que ha sembrado algún pálido obrero
en la sombra espectral de la mina?...

Por labrar ese encaje que cela
el candor de tu seno nevado,
¡cuánta casta doncella ha pasado
la frialdad de las noches en vela!...

En silencio labraba esa alhaja,
medio muerta de sueño tosía,
á la par que la tisis tejía
en la sombra también su mortaja!...

Bella dama que fuiste el encanto
de las nobles y espléndidas salas,
abomina y desprecia tus galas...
¡Vas vestida de sangre y de llanto!...

TRAS LOS CRISTALES

¡Aspiración del tiempo mozo!...
Glorias y triunfos ¿para qué?...
Si contemplar llorar de gozo
sus negros ojos no podré!...

Ni con el triunfo me alborozo,
ni en la derrota sufriré,
porque sin ella, ni un sollozo
ni una sonrisa ensayaré!...

Hoy el aplauso ó la insolencia
 escucho con indiferencia
 cual si no fueran para mí...

Contigo el alma se marchó...
 ¡Desde que te he perdido á ti
 yo para mí ya no soy yo!

II

¿Dónde el jardín verde y florido
 y la casita que se abría
 entre las ramas como un nido?...
 Tras los cristales, sonreía

al verme... ¡To lo se ha perdido!...
 La blanca casa está vacía,
 el jardín mustio, y el olvido
 trocó el idilio en elegía!...

En mis recuerdos sólo queda,
como acuarela iluminada
por un fulgor de sol dorado,

entre el verdor de la arboleda,
la sombra gris de la fachada
y el manchón rojo del tejado!

MADRIGAL ROMÁNTICO